

Una Plancha de "The Independent."

TRATA DE AYUDAR A LAGASCA, PERO NO PUEDE GANAR LOS MIL PESOS

El 28 del mes pasado tuvo un querido amigo nuestro la bondad de advertirnos de las andanzas de "The Independent", el cual no quiere hacernos "gratis" la propaganda, pero le preocupan nuestros escritos más de lo que nos podíamos figurar.

Como saben los lectores de ESTUDIO, hace un mes lanzamos un RETO a Pedro Lagasca, ofreciéndole MIL PESOS CONANT si alcanzaba a demostrar alguna de las afirmaciones maliciosamente lanzadas contra Santo Domingo de Guzmán.

Impotente Pedro Lagasca e impotentes todos sus compinches de redacción para llevar al cabo tamaña empresa, han dado la llamada por respuesta y ni siquiera han hecho alusión a reto tan excepcional.

Pero, yá lo hemos dicho repetidas veces. "The Independent" NO CONTESTA, PORQUE NO PUEDE. Si la impotencia no le atase las manos, reventara primero que dejar de replicar.

Y no lo decimos a humo de pajas. Careciendo de argumentos para ayudar a Pedro Lagasca, ha andado de la ceca a la meca en busca de algo, de cualquier cosa con que disimular su silencio ante el lector.

Y ha hallado un cuadro de Pedro Berruete, donde se representa a Santo Domingo

de Guzmán presidiendo un "Auto de Fe". Y lo ha hallado en "La Esfera", Año IX, Núm. 422, del 4 de febrero de 1922, pag. 2.

Como chico con zapaticos nuevos, acudí al taller de un acreditado grabador de esta ciudad para encargarle una reproducción, pero manifestóle el artista las dificultades de la copia, por tratarse de tantos colores.

Fuése entonces al dibujante Pineda, el cual hizo una copia acromática de la tabla, que la entregaron a Manila Filatélica, donde se ha hecho el clisé que aparece hoy en el semanero de "calleja".

Hacémosle saber al colega anti-clerical para su tranquilidad, no haber conocido todos estos pormenores por inspiración. El amigo levantó la liebre, otro nos prestó la escopeta y no hemos hecho sino disparar. Por mal tino que tuviéramos, no podíamos menos de dar en el blanco.

¡Y que estará blanco! Después de haber leído el anuncio a tres columnas que pusimos anteayer en nuestro colega "La Defensa", y con el escrito publicado ayer en el mismo lugar.

Tiempo nos resta para ir haciendo comentarios sobre esta partida de caza, que va a ser sonada. Porque, ¡taday! ¡planchas como estas... poquicas!

¡Y tan poquicas, hermano!

En la Playa

"ESTUDIO" Y UN HOGAR

—No; Pablo, no te esperaba: ¿Cómo te iba a esperar, si ni siquiera sabía que habías llegado a Manila? Y aunque lo hubiera sabido, nunca hubiese sospechado que a esta hora y en este lugar te ibas a presentar así, de sorpresa. ¡Estoy tan solo aquí todas las tardes!...

—De donde deducirás que conozco al "Solitario," y sé cuáles son sus lugares favoritos.

—Lo que deduzco es que a Fernando se le ha ido la lengua, y te lo ha contado todo. ¿No es verdad?

—No es verdad. Fernando no me ha dicho, ni he necesitado que nadie me dijese quién era "El Solitario". Verás. Cuando ayer llegué de Negros, fui a visitarte; pero me dijeron que te habías trasladado a otra calle, cuyo número ignoraban. Entonces acudí a Fernando: le dí todas las señas generales y particulares de tu

filiación; y cuando se convenció de que yo sabía que "El Solitario" eras tú, y le expuse el deseo de verte cuanto antes, me dijo: A las seis de la tarde, en tal lugar, lo encontrarás; solo, como siempre, recreándose con su playa, con su mar y con su soledad. He tomado el auto, y aquí estoy. Ya ves, las seis—añadió mirando el reloj—la hora que me señaló Fernando.

—Gracias, Pablo. Precisamente por lo inesperada, me es doblemente agradable esta visita, que de corazón te agradezco. Pero, escucha: ¿Por qué has dicho que no has necesitado que nadie te dijese quién era "El Solitario"?

—Sencillamente; porque te conocí en uno de tus artículos; el publicado en el núm. 13 de Estudio.

—¿Cómo! ¿Tú, tan aficionado a

vivir donjuanesicamente, tú también lees Estudio?

—Sí; lo leo, y cada vez con mayor gusto y avidez. Me suscribí a principios de Abril, después de leer el núm. 13, de que te he hablado. Laura está con él encantada por lo que luego te diré, y apenas lo recibe, devora con afición su lectura.

—Hombre, a propósito. ¿Qué me dices de tu buenísima esposa? ¡Pobre Laura! No puedo olvidarla: ¡ha sufrido tanto! La verdad, que tienes una esposa...

—Que no me la merezco. Es mucha verdad, y así lo reconozco.

—¡Vamos! Pablo, no disparates. Quería decir que tienes una esposa como hay pocas. Es una alhaja.

—Pues, lo repito: no la merezco; o al menos, no he sido digno de ella durante unos años; aunque ahora, gracias a Dios...